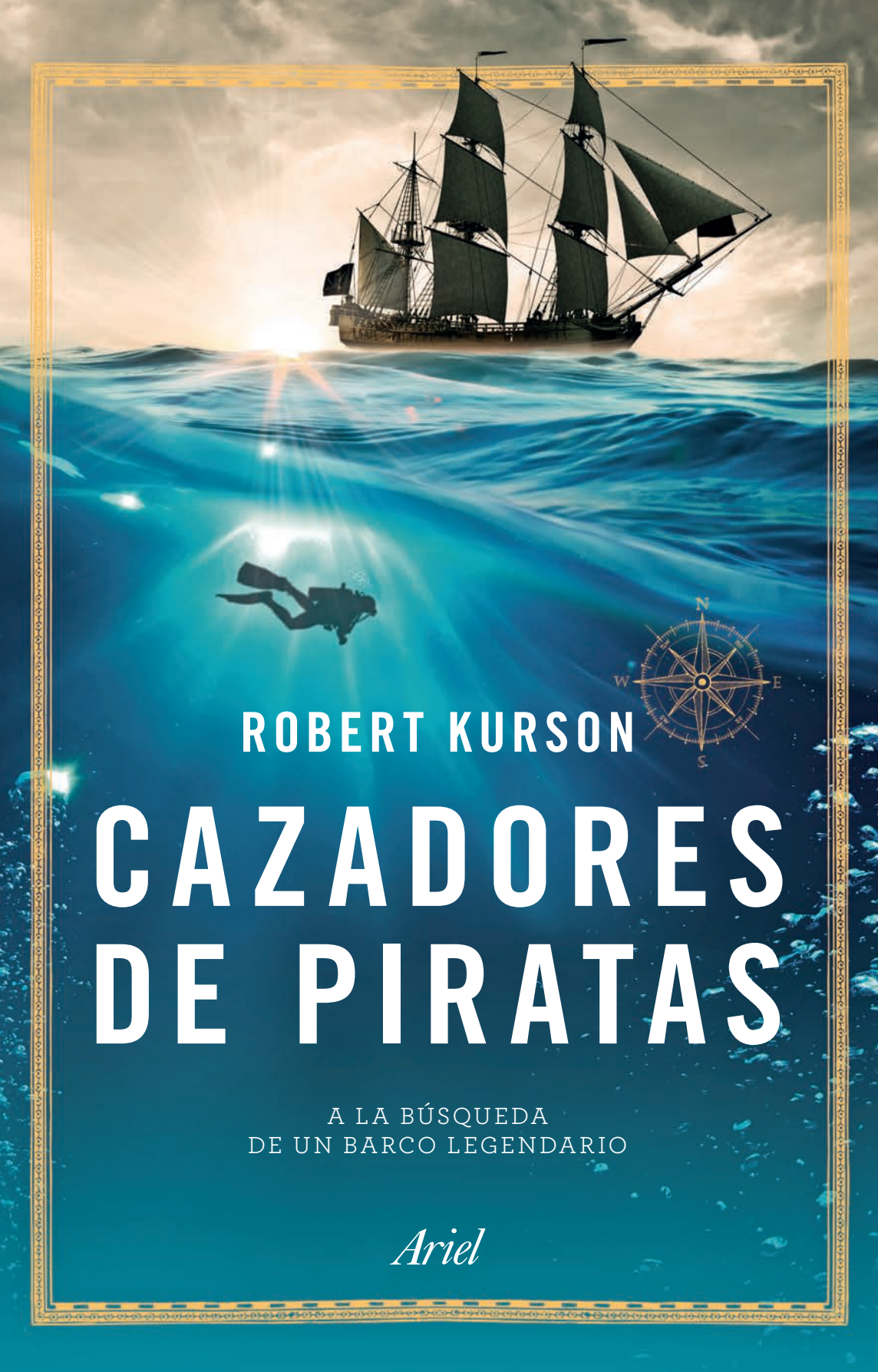

ROBERT KURSON

CAZADORES DE PIRATAS

A LA BÚSQUEDA
DE UN BARCO LEGENDARIO

Ariel

Robert Kurson

Cazadores de piratas
A la búsqueda de un barco legendario

Traducción de Joan Andreano Weyland

Ariel

Título original: *Pirate Hunters*

Traducción publicada con el acuerdo de Random House,
una división de Penguin Random House LLC

1.ª edición: junio de 2016

© 2015, Robert Kurson
© 2015, de los mapas, David Lindroth Inc.

Créditos de las imágenes: Library of Congress (p. 114),
cortesía de la National Library of Jamaica (p. 297).
Agradecimientos a Paul Cox por su consentimiento para la reproducción
del mapa de Port Royal (p. 72) de Oliver Cox,
perteneciente a «Upgrading and Renewing the Historic City of Port Royal,
Jamaica», junio de 1984.

© 2016, de la traducción: Joan Andreano Weyland

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:
© 2016: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2369-5

Depósito legal: B. 9.766-2016

Impreso en España por Liberdúplex

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

Nota del autor 11

CAPÍTULO 1
La mayor historia de piratas jamás contada 21

CAPÍTULO 2
La isla de Bannister 37

CAPÍTULO 3
Nada de esto tiene sentido 51

CAPÍTULO 4
Un inglés muy respetado 67

CAPÍTULO 5
La sabiduría de los viejos pesacdores 91

CAPÍTULO 6
Ya no quedan sitios dónde ir 105

CAPÍTULO 7
John Chatterton 117

CAPÍTULO 8
El sitio es el hombre 143

CAPÍTULO 9
John Mattera 155

CAPÍTULO 10
Los oráculos 179

CAPÍTULO 11
La Edad de Oro 195

CAPÍTULO 12
El pecio del azúcar 215

CAPÍTULO 13
Espero que sigamos siendo amigos 229

CAPÍTULO 14
A la deriva 239

CAPÍTULO 15
Ahogados 251

CAPÍTULO 16
La batalla 263

CAPÍTULO 17
Otra manera 281

CAPÍTULO 18
El *Golden Fleece* 289

Epílogo 309
Agradecimientos 319
Nota sobre las fuentes 325
Índice temático 335

CAPÍTULO 1

LA MAYOR HISTORIA DE PIRATAS JAMÁS CONTADA

John Chatterton y John Mattera estaban a pocos días de comenzar una investigación que habían planificado durante dos años: la búsqueda del galeón *San Bartolomé*, hundido en el siglo XVII y cargado con un tesoro de cien millones de dólares, por lo menos. Para encontrarlo viajaron a la República Dominicana arriesgando cuanto apreciaban y tenían. El descubrimiento iba a hacerlos más ricos de lo que podían haber soñado nunca y a poner sus nombres en los libros de Historia. El *New York Times* hablaría de ellos. Los museos celebrarían recepciones de gala en su honor. Y lo mejor de todo era que sabían exactamente dónde buscar.

Entonces sonó el teléfono.

Era Tracy Bowden, un cazatesoros de sesenta y nueve años que había llegado a convertirse en leyenda. Dijo que tenía algo que conversar con ellos y les preguntó si podían volar a Miami para reunirse con él.

Chatterton y Mattera no disponían ni de dos minutos libres antes de comenzar la búsqueda del *San Bartolomé*. Se habían comprometido a no dejarse distraer por nada. Pero la voz de Bowden traicionaba una urgencia que no habían oído en el año transcurrido desde que lo habían conocido, y Miami está a solo dos horas de avión de Santo Domingo; podían ir y volver el mismo día. Al menos Bowden era un

gran contador de historias y por lo que se refiere a búsquedas de tesoros, lo mejor después del oro era una buena historia. De manera que una mañana de comienzos de 2008 cogieron una bolsa, reservaron los billetes y allá fueron. El tesoro que llevaba a bordo el *San Bartolomé* estaba perdido desde hacía cuatrocientos años; podía esperar algunas horas más a que alguien lo encontrase.

En Miami alquilaron un coche y se dirigieron a la casa de Bowden. Este no se parecía en nada a ningún otro buscador de tesoros que ellos conocieran. Parecía trabajar en las sombras, rehuía toda publicidad y casi nunca formaba equipo con otros cazatesoros. No se jactaba de sus expediciones ni presentaba reclamaciones absurdas. Y utilizaba muy poco la tecnología moderna que había revolucionado los rescates submarinos. Para encontrar barcos hundidos cargados de oro y plata se fiaba de dibujos antiguos, equipos viejos y sus propias notas, que tenían décadas.

En el curso de su carrera, Bowden no había descubierto uno, sino dos galeones españoles, y había realizado trabajos productivos en un tercero, y sin embargo ni Chatterton ni Mattera podían adivinar el alcance de sus riquezas. Su casa de la República Dominicana era apenas más grande que un garaje, y su barco de exploración, el *Dolphin*, era bueno, pero nada especial. Como exitoso buscador de tesoros, Bowden podría estar viviendo en un palacio con puertas con pomos de oro y rodeado por un foso. Pero al llegar a la calle, Chatterton y Mattera tuvieron que confirmar la dirección. La casa era bonita pero exactamente igual a cualquier otra de un barrio suburbano de Miami.

Bowden les ofreció café, pero ellos no parecieron oírle. Dondequiera que mirasen veían tesoros. En una habitación había monedas de plata incrustadas en corales; en otra, instrumentos de navegación de bronce de hacía siglos, por los que los museos habrían pagado fortunas. La vajilla del comedor de Bowden era porcelana de Delft del siglo XVII: seguía manteniendo el azul y el blanco como el día en que la

habían fabricado, y se correspondía con un juego de valor incalculable que Mattera había visto en el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.

Bowden les mostró otras monedas y artefactos, todos ellos con su historia y procedentes de algún pecio en el que él había trabajado. Les dejó tocar todo: opinaba que el tacto era importante porque sin él una persona nunca llega a conocer realmente los objetos.

En un momento dado Mattera pidió utilizar el aseo.

Apiladas en la bañera había bolsas de plástico llenas de reales de a ocho en plata, todos del siglo XVII. Alzó una de las bolsas e inspeccionó su contenido a través del fino plástico. Durante años había visto venderse monedas de plata como estas a mil dólares cada una en las subastas. Calculó que en la bañera había al menos cien bolsas y en cada bolsa unas cincuenta monedas. Mattera nunca había sido una lumbrera en matemáticas pero hizo el cálculo en pocos segundos. Sus ojos estaban contemplando cinco millones de dólares dentro de una bañera normal envueltos en las bolsas más baratas que existían: ni siquiera tenían cierre.

Al volver al salón Mattera susurró al oído de Chatterton:

—Ve a mear.

—¿Qué dices?

—Tú hazlo. Ve al lavabo.

Chatterton alzó los hombros. Qué diablos, eran socios. Y fue al lavabo.

Regresó cinco minutos después, con los ojos saliéndosele de las órbitas.

Bowden les pidió que se reuniesen con él alrededor de la mesa del comedor y comenzó a hablar. Todo lo que tenía lo había conseguido en más de treinta años de carrera: trabajó en tres galeones, un barco esclavista y una mítica nave de guerra de la revolución estadounidense. Fue entrevistado dos veces por la revista *National Geographic* (Mattera había leído el primero de esos reportajes cuando tenía dieciséis años, y a partir de entonces lo volvió a leer muchas

veces). Recuperó de los pecios tesoros cuantiosos y artefactos de valor incalculable. Pero ahora quería algo diferente de todo aquello, algo cuya rareza sobrepasaba la imaginación: un premio detrás del que iba hacía décadas.

—¿Habéis oído hablar de Joseph Bannister? —preguntó.

Los otros negaron con la cabeza.

Bowden explicó que Bannister era un respetable capitán mercante inglés del siglo XVII, que transportaba todo tipo de cargamentos entre Londres y Jamaica. Un día, sin motivo aparente, robó el barco que mandaba, el *Golden Fleece*, y se dedicó a arrasar y destruir como hacían los piratas; fue un verdadero *tipo legal* que se volvió malvado durante la década de 1680, en la Edad de Oro de la Piratería. En pocos años se convirtió en uno de los hombres más buscados del Caribe. Cuanto más se empeñaban los ingleses en detenerlo, con más ingenio los desafiaba él. No tardó en convertirse en un proscrito a escala internacional y los británicos juraron que no pararían hasta darle caza y colgarlo.

La Armada británica lo persiguió de mar a mar y utilizó todo su poder para encontrarlo. En aquellos días nadie era capaz de eludir una persecución semejante, pero Bannister lo consiguió. Sus fechorías eran cada vez más osadas. Finalmente dos naves de guerra acorralaron al capitán pirata y a su barco en una isla de la que era imposible escapar. A la vista de una sola de aquellas fragatas, la mayoría de los capitanes habrían alzado los brazos y se habrían rendido. Pero ¿a la vista de dos? Hasta los más duros habrían caído de rodillas y se habrían puesto a rezar.

Bannister no.

Él y sus hombres prepararon cañones y rifles y presentaron batalla a muerte a los dos buques de la Royal Navy. El combate duró dos días. La nave de Bannister, el *Golden Fleece*, se hundió durante el combate, pero Bannister acabó venciendo. Maltrechas y con muchos muertos y heridos, las fragatas inglesas regresaron como pudieron a Jamaica y Bannister

escapó. Para los ingleses fue una derrota vergonzante que transformó a Bannister en leyenda. Sin embargo, con el paso del tiempo su nombre se fue difuminando.

—Es la historia de piratas más grandiosa que existe —dijo Bowden— y nadie la conoce. Quiero el *Golden Fleece*. Y creo que vosotros dos podéis ayudarme a encontrarlo.

Bowden no necesitaba explicarles lo infrecuente que es encontrar un barco pirata. Tanto Chatterton como Mattera sabían que el único descubierto e identificado positivamente hasta la fecha era el *Whydah*, perdido en 1717 frente a la costa del Cabo Cod y recuperado por el explorador Barry Clifford en 1984. Ese descubrimiento había inspirado libros, documentales y una exposición que más de veinte años después del descubrimiento seguía recorriendo los museos más importantes del mundo. Después del rescate del *Whydah* quedó claro que el mundo estaba ansioso de piratas reales. Y ahora Bowden hablaba de ir tras una nave pirata capitaneada por un hombre más audaz y auténtico que los mayores aventureros de las películas de Hollywood.

Pero esta no era la única gran noticia: Bowden creía conocer la localización del pecio. La historia decía claramente que el *Golden Fleece* se había hundido frente a la costa de Cayo Levantado, una pequeña isla cercana a la costa norte de la República Dominicana. Chatterton y Mattera conocían el sitio: era un paraíso de playas con arena blanca y albergaba un hotel de cinco estrellas. Durante años se la conoció como isla Bacardí porque la empresa que fabricaba el ron la utilizó en su publicidad describiendo el paraíso en la tierra. Era una zona fácil para trabajar.

La historia de Bannister llegó a ser legendaria en su día pero parece que los que buscaron el pecio fueron muy pocos. En una época se rumoreó que el fallecido dictador dominicano Rafael Trujillo había enviado submarinistas a Cayo Levantado en la década de 1960, pero los buzos regresaron con las manos vacías. Bowden reanudó la búsqueda en 1984 pero en la isla solo encontró desechos modernos. En los úl-

timos meses había comenzado a creer que sin la ayuda de equipos de tecnología punta, como, por ejemplo, un sonar de exploración lateral y magnetómetros, el *Golden Fleece* podría no hallarse nunca. Hasta entonces, Bowden no había sido partidario de ese tipo de tecnologías, y había permanecido fiel a los métodos probados a lo largo del tiempo y con los que había trabajado. Pero era innegable que el futuro eran personas como Chatterton y Mattera. Sabía que habían dedicado dos años enteros y una fortuna a dominar los equipos modernos y los había visto trabajar con ellos cuando buscaban su propio galeón.

De modo que les ofreció un acuerdo.

Si encontraban el *Golden Fleece* para él, les daría el 20% del pecio. A bordo tenía que haber oro, plata y joyas. Seguramente habría espadas, mosquetes, collares de bucaneros, patas de palo y dagas. Incluso esqueletos. O quizá no habría nada de nada. En cualquier caso, Bowden aspiraba a algo más importante que un tesoro: quería a Bannister, el pirata más grande de todos los tiempos.

No les pidió una respuesta inmediata. Sabía que Chatterton y Mattera estaban a punto de embarcarse en una exploración propia. Admiraba su coraje y su visión porque le recordaban a él mismo cuando decidió abandonar su vida segura en Estados Unidos para hacer fortuna en el Caribe. Pero el *Golden Fleece* de Bannister era algo único en la vida. «Pensadlo —les dijo—, y dadme vuestra respuesta.»

Tras dejar la casa de Bowden, los dos socios casi no hablaron, pero ambos pensaban en lo mismo. Los dos habían explorado los barcos hundidos más famosos y fascinantes del mundo: el *Titanic*, el *Andrea Doria*, el *Lusitania*, un misterioso submarino alemán, el *Britannic*, el *Arizona*... pero ninguno de ellos concebía nada más genial y exótico que un barco pirata de la Edad de Oro, en especial uno cuyo capitán había sido un marino de excelente reputación profesional reciclado en bandido, que había derrotado a la Royal Navy en una batalla que nadie habría podido ganar. En al-

gún lugar profundo de su corazón todos los submarinistas sueñan con encontrar un barco pirata. Y sin embargo, era algo que parecía que nunca le sucedía a nadie. Jamás. Ahora, a Chatterton y a Mattera se les daba la oportunidad de encontrar el más emocionante de la historia.

Sin embargo, los dos sabían que nunca podrían aceptar la oferta de Bowden.

Se habían entrenado durante dos años para encontrar tesoros; habían gastado cientos de miles de dólares en barcas y equipos; habían comprometido a la causa los ahorros de toda su vida. Habían reunido una tripulación, rebuscaron archivos en España, consultaron leyendas y gurús, estuvieron a punto de meterse en tiroteos en sitios salvajes y hermosos, sobrevivieron a un ataque de rivales codiciosos. Y todo ello les llevó a un objetivo del que pocos sabían algo: un galeón llamado *San Bartolomé*, hundido en 1556 por un huracán en la costa sur dominicana y todavía lleno a rebosar de tesoros. Sabían que estaba ahí. Habían llegado demasiado lejos como para darle ahora la espalda.

En otros tiempos los dos socios podrían haber retrasado su expedición en pos de este barco lleno de tesoros, pero ahora a los cazatesoros se les acababa el tiempo. Los gobiernos y los arqueólogos habían presionado a los países con mayor riqueza en naufragios valiosos —Jamaica, México, Cuba, las Bahamas, Bermuda— para que declarasen ilegales los rescates privados. Pocos años antes, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) redactó un convenio internacional que consideraba que los naufragios con más de cien años pertenecían a los países que los habían perdido y no a las personas que los encontraban. Y ya eran varios los países que habían suscrito ese tratado. Hasta entonces la República Dominicana había logrado mantenerse fuera, pero solo era cuestión de tiempo que también lo firmase. En 2008, si una persona tenía intenciones de buscar un tesoro en el país, debía marcharse.

Y para los submarinistas también pasaba el tiempo. Chatterton tenía cincuenta y siete años, Mattera cuarenta y seis. Ambos eran mucho mayores que la mayoría de submarinistas que practicaban inmersión en aguas profundas, deporte que llevaba el organismo hasta el límite y podía paralizar o matar a una persona al mínimo error. La mayoría lo dejaban alrededor de los cuarenta años; los que se quedaban más tiempo, los fines de semana se limitaban a mojarse los pies. Pero la búsqueda de galeones no era un trabajo a tiempo parcial. Para hacerlo, Chatterton y Mattera debían prepararse para pasar días enteros en el agua, a veces semanas o hasta meses. No podían darse el lujo de envejecer buscando un barco pirata que muy bien podía no estar ahí.

Nadie les garantizaba tampoco que pudieran financiar la búsqueda de un barco pirata. Los dos habían comenzado su vida laboral como empleados y ninguno de ellos era rico. Juntos habían invertido casi un millón de dólares en la búsqueda de un galeón. Si ahora se dedicaban a buscar un barco pirata, se arriesgaban a gastar lo que les quedaba en la búsqueda de un pecio que quizá no contenía tesoro alguno.

Así pues estaba claro que tenían que llamar a Bowden, agradecerle la oportunidad que les había brindado y rechazarla cortésmente. Pero ninguno de los dos sacó el teléfono del bolsillo, ni entonces ni cuando ya estaban en el aeropuerto de Miami.

En solo diez años John Chatterton había pasado de trabajar en construcciones submarinas a convertirse en, quizá, el más famoso submarinista vivo del mundo. Esto no se debía a que fuese un gran nadador ni a que explorase hermosos arrecifes de coral: se debía a que comenzó a meterse dentro de los pecios más peligrosos, incluso mortales, del planeta.

Los pecios eran laberintos de acero, barcos hundidos que el capricho de la naturaleza había retorcido como a

aquellos animales hechos con globos, y que el tiempo había desfigurado. Muchos estaban situados a profundidades imposibles de acceder por los seres humanos, donde la presión del agua es capaz de destruir órganos vitales y la acumulación de nitrógeno desorienta la mente y convierte la sangre en espuma. Chatterton había sido testigo de colegas submarinistas que alucinaban bajo el agua, se perdían dentro de los barcos hundidos, se enredaban en redes y cables y, con el tiempo, los veía sucumbir víctimas de lesiones nerviosas, parálisis o ahogamiento. Eso también podía ocurrirle a él. Durante sus veinte años como buceador en aguas profundas, Chatterton había visto morir a nueve hombres, entre ellos un padre y su hijo, y a uno de sus mejores amigos.

Chatterton no se arriesgaba en los pecios por los motivos habituales: acaparar objetos, reclamar derechos o aparecer en revistas especializadas. De hecho, regaló muchas piezas de porcelana excepcional y otras reliquias que había encontrado, incluso si se trataba de piezas de gran valor. Los exploraba porque creía, como había creído desde que fue voluntario para combatir en Vietnam, que la única forma de ver lo que realmente importa en la vida es ir a los lugares a los que es más difícil acceder. Después de la guerra, descubrió que esos sitios estaban hechos de acero y hundidos a cientos de metros bajo el agua.

Durante la década siguiente, Chatterton exploró docenas de los pecios más peligrosos y muchas veces penetró en lugares que se consideraban demasiado difíciles, e incluso mortales, para el ser humano. Cuando llegó a los treinta y cinco años, muchos veteranos de ese deporte ya le consideraban el submarinista de naufragios más grande que habían conocido.

En 1997, Chatterton y su compañero submarinista Richie Kohler resolvieron un misterio internacional al identificar un submarino alemán de la segunda guerra mundial hundido frente a la costa de Nueva Jersey. Durante la aventura, que duró seis años, murieron tres buceadores, Chatter-

ton vio deshacerse su matrimonio y perdió dinero y varias veces casi perdió la vida. Cuando le preguntaban por qué se arriesgaba tanto —en el submarino no había oro ni objetos preciosos, solo un número de identificación— les decía que el submarino era «su momento», la oportunidad de saber quién era él mismo; oportunidad que, con suerte, se presenta una sola vez en la vida. Y por ese motivo habría preferido morir a dar la espalda a esta nave solo porque era difícil, solo porque no se podía hacer.

El submarino procuró fama internacional a Chatterton y a Kohler. En 2004 ya habían salido en un libro y en documentales, y eran invitados de un popular programa de televisión del Canal Historia. A Chatterton, bien parecido, alto y con una hermosa voz de barítono, se le pagó por dar conferencias y recomendar productos. Por primera vez desde Jacques Cousteau, un submarinista salía del mar y se convertía en héroe popular: la gente le reconocía por la calle, los niños le pedían autógrafos y las mujeres le enviaban sus fotos.

La mayor parte de los submarinistas de naufragios, especialmente los que habían pasado la cincuentena, hubieran dado por concluida su carrera en este punto. Pero Chatterton siguió forzando su propio organismo, la tecnología y la naturaleza, a fin de bajar cada vez más y meterse en más pecios. Vio morir a más buceadores. Llegó a más lugares donde nadie había llegado antes.

Su última gran aventura tuvo lugar en 2005, año en que él y Kohler organizaron una expedición al *Titanic*. El resultado de esta excursión fue una nueva perspectiva acerca del hundimiento del buque, pero de ningún modo llevó a Chatterton a su límite. Ya se conocía la localización del barco: estaba hundido a muchos cientos de metros, lo que significaba que no iba a poder hacer otra cosa que quedarse en el sumergible ruso que lo había llevado hasta el sitio. Otros submarinistas habían llegado primero.

A su regreso del *Titanic*, Chatterton comenzó a buscar

un nuevo pecio que investigar, algo más difícil y más exótico que lo hecho hasta entonces. No consiguió nada durante más de un año. Sus contables y sus abogados le urgían a que se retirase y pusiese su dinero en fondos de inversión. Que se relajase. Chatterton redobló sus esfuerzos. No pudo fingir felicidad cuando Kohler le informó que volvía a trabajar en el negocio familiar de reparación de cristales. «¿Cómo puedes reparar ventanas rotas de un Burger King después de haber explorado por dentro el pecio de un submarino alemán de la segunda guerra mundial que nadie sabía que estaba ahí?»

Y sin embargo, se preguntaba si acaso Kohler no tendría razón. Los grandes naufragios eran difíciles de encontrar: se podía buscar durante décadas y jamás volver a encontrar otro. A la sazón Chatterton tenía cincuenta y seis años. Ya no le quedaba mucho tiempo.

Fue entonces cuando conoció a Mattera. Se habían encontrado una o dos veces a principios de los años 1980, pero no hablaban desde hacía veinticinco años. Volvieron a estrechar lazos durante un seminario sobre submarinismo en 2006; al acabar la semana habían comprometido su vida y sus ahorros a una idea: encontrar un galeón español en aguas dominicanas, uno de los últimos rincones de la Tierra en que se podía buscar tesoros hundidos. Y ellos encontrarían uno, costara lo que costase.

La vida de Mattera ya era excepcional antes de que tuviera edad para conducir. Hijo de un carnicero de Staten Island, de adolescente comenzó a realizar actividades de riesgo que le reportaron cientos de miles de dólares y compró clubs nocturnos y tabernas en las que las leyes le prohibían entrar por su edad. A los veintitrés años se vio envuelto en una célebre guerra entre facciones de la familia Gambino, de Nueva York. Una de sus alternativas era meterse de cabeza en la mafia. La otra era más insensata aun: hacerse policía. Matte-

ra se decidió y se enroló en las fuerzas del orden. A los treinta había llegado a ser un guardaespaldas personal magníficamente pagado y se dedicaba a proteger a famosos y magnates de los negocios.

Durante todo ese tiempo, la historia y el submarinismo fueron su salvación. Siendo muy joven, cuando su vida podría haber derivado hacia cualquier dirección, se centró en los libros de historia, que devoraba por docenas, y en las bibliotecas donde acampaba días enteros. Para Mattera la historia era más que una mera colección de cuentos antiguos: era su perspectiva para conocer la naturaleza humana, la bola de cristal que le explicaba los entresijos del pasado y del futuro. Aprendió submarinismo no para contemplar peces de colores en los mares tropicales, sino para hundirse en los fríos océanos donde podía nadar dentro de los pecios y tocar la Historia con sus propias manos.

La primera excursión de Mattera fue al *Oregon*, transatlántico de lujo hundido en 1886 en aguas lo bastante profundas como para causar la muerte a un buzo experimentado. Tenía catorce años. A los menores de edad les estaba prohibido participar en inmersiones submarinas, de manera que una mañana se presentó en el muelle con una caja de cervezas y una nevera llena de bocadillos, todo proveniente de la tienda de su padre. Con este botín sobornó al capitán, y una hora después estaba en alta mar, alojado junto a una variopinta galería de moteros, socios de clubs de submarinismo y otros tipos endurecidos, pioneros de la búsqueda de naufragios en la costa este. Durante tres días entró y salió de los ojos de buey del *Oregon*, buscando pistas para comprender su hundimiento. Ese viaje lo enganchó. No importaba adónde lo llevara la vida a partir de entonces —por escuelas de tiro de tecnología punta; por países del Tercer Mundo, contratado para trabajar allí por el gobierno de Estados Unidos; por glamurosas ciudades internacionales, para estudiar los detalles de seguridad que necesitaban sus famosos clientes— siempre volvía a la Historia y al submarinismo, las dos

únicas actividades en un mundo lleno de peligros y de hipocresía que siempre le contaban la verdad.

A los cuarenta años vendió su empresa de seguridad. Fue un error: el volumen de ventas era demasiado bueno para ignorarlo, y además su socio quería vender, pero ahí estaba Mattera, con una enorme cuenta bancaria y, por primera vez en su vida, sin un sitio al que ir cada mañana a las cinco. Desde niño había soñado vivir en algún sitio cálido donde pudiera leer sus libros a la luz de la luna, rodeado por los cuatro costados de barcos hundidos. Había trabajado en la República Dominicana, donde se enamoró de su gente y su Historia. Y había barcos hundidos por doquier: aquí había desembarcado Colón, la puerta de entrada al Nuevo Mundo. Pocos meses más tarde se trasladó a Santo Domingo, la capital de la República, y comenzó a llevar una vida de ocio.

Solo duró dos meses. Mattera, hijo de trabajadores, necesitaba trabajar, de manera que abrió Pirate's Cove (La Cala del Pirata), una empresa de submarinismo en la costa sur del país, y comenzó a llevar clientes dispuestos a pagar por ver los barcos hundidos siglos atrás en aquella zona. Sin embargo, eran pocos los turistas interesados en aquellos testigos de la Historia: los clientes preferían quedarse cerca del muelle, donde había bonitos corales y el whisky con hielo les esperaba a solo unos minutos. Mattera siguió sonriendo y haciendo pasar un buen rato a sus clientes. Por la noche se refugiaba en los libros.

Esta vez había comenzado a leer un tipo diferente de Historia: papas y reyes, exploradores y conquistadores y capitanes sin miedo que habían muerto en el mar. Eran las historias de los galeones, los legendarios barcos españoles de los siglos XVI y XVII que llevaban enormes fortunas desde el Nuevo Mundo a España. La República Dominicana —isla entonces llamada La Hispaniola— era el cruce de caminos de todo aquel tráfico.

Mattera urdió un plan. Costara lo que costase, iba a en-

contrar su propio galeón. La recompensa económica sería asombrosa: le permitiría comprar sus adorados New York Mets y aún le quedarían varios arcones con tesoros. Y lo que es más importante, descubrir un galeón sería algo histórico y por ello estaba dispuesto a arriesgar todo lo que poseía.

Fue entonces cuando apareció Chatterton en un taller de submarinismo que Mattera organizaba en Pirate's Cove. Hacía décadas que ambos no se veían, pero solo hizo falta una comida junto al mar para que Mattera recordase lo que siempre había admirado del otro. Chatterton estaba enamorado de los naufragios, pero solo se molestaba con los que tenían significado histórico y eran difíciles de explorar. Una vez comprometido con un pecio jamás lo abandonaba, no importaba lo profundo que estuviera ni su estado de destrucción, y aquello era así aunque pudiera costarle la vida. Chatterton creía en las cosas poco comunes; para él, «difícil de encontrar» equivalía a bello, y estaba dispuesto a revolver el mundo entero en busca de cosas hermosas que nadie más pudiera encontrar.

Guardando cola en el aeropuerto de Miami, los hombres alucinaban con la historia de piratas que les había contado Bowden, y especialmente con ese cabrón de capitán, Joseph Bannister. Imaginaos al perfecto caballero británico robando el barco que le habían confiado, sumergido en un torbellino de crímenes y luego combatiendo contra dos barcos de guerra de la Royal Navy. Y ganando. Cosas así no se ven ni en las películas de Johnny Depp.

En la terminal entraron en una tienda de regalos para elegir algo para Carla, la mujer de Chatterton, y Carolina, la prometida de Mattera. Cuando llegaron a la puerta por la que salía su vuelo supieron que era el momento de llamar a Bowden. Serían sinceros con él y le explicarían los motivos por los que no podían desviarse de su propia búsqueda del tesoro. Nadie les entendería mejor que un viejo buscador

como Bowden. Le llamaron en modalidad manos libres para disculparse conjuntamente.

Bowden contestó al primer timbrazo.

—Tracy, somos John y John. Te llamamos por lo del barco pirata y el capitán aquel, Bannister.

—¿Ya habéis tomado una decisión?

—La hemos tomado.

En la pantalla de llegadas brillaban los números. El vuelo a Santo Domingo comenzaba a embarcar. Chatterton miró a Mattera. Mattera miró a Chatterton. Cada uno de ellos esperaba a que hablase el otro.

—Tracy —dijo Mattera—, ese barco pirata tuyo está a punto de ser hallado.